

nunca al de la espuela de oro ni al de humilde ca-  
yado; que así hieres en las carnes ternísimas del  
infante como en el acerado peto del soldado; y lo  
propio te cebas que en sangre de hombres, en san-  
gre de hermosas mujeres! Todavía recuerda Hues-  
ca con espanto que el día en que traspasasteis sus

CAPITULO XIV.

**En el cual se narra una grande y descomunal  
batalla, que no fuera para creída si de tan  
autorizado conducto no nos viniere, como  
es el cronista de esta historia.**

nos tratasteis de los mismos moros, y aun os  
bais decir al ultrajarnos que menos criminales eran  
ellos en defender su ley con las armas, que no nos-  
otros en practicarla entre contrarios é infieles, fian-  
do á la oracion y no á las manos la redencion de

E quina gent es aquesta qui  
van nus de despullats, qui  
no vesten mas sol un casot e  
no porten darga, ne escut!..

E los almogavers que oyren  
lazo entrebunit dixerem: vuy  
sera queus mostrarem qui  
som.

MONTANER CHRONICA.

que apenas hay en vosotros quien sepa de su ascen-  
dencia ó pueda decir algo de sus hijos? No se alis-  
tan todo género de malhechores en vuestras ban-  
das? No vivís perpetuamente en la montaña sin

El cronista de esta verídica historia, debia de ser  
grande enemigo de los almogávares, porque al co-  
menzar este capítulo lanza contra ellos multitud de  
invectivas y los maldice sin cuento.

Oh gente cruel, esclama, que no perdonaste

nunca al de la espuela de oro ni al de humilde ca-  
yado; que así hieres en las carnes ternísimas del  
infante como en el acerado peto del soldado; y lo  
propio te cebas que en sangre de hombres, en san-  
gre de hermosas mujeres! Todavía recuerda Hues-  
ca con espanto que el día en que traspasasteis sus  
puertas, todo lo disteis al saco y á la violencia. Ni  
sirvió á mis hermanos muzárabes su fidelidad á la  
santa fe de nuestro Dios, ni les aprovechó el reci-  
bidos como libertadores. Vosotros nos motejasteis  
de cobardes porque permanecemos en la ciudad en  
lugar de escapar á los montes altos y vivir en vues-  
tra compañía en cavernas y peñascales, y á la par  
nos tratasteis que á los mismos moros, y aun os  
bais decir al ultrajarnos que menos criminales eran  
ellos en defender su ley con las armas, que no nos-  
otros en practicarla entre contrarios é infieles, fian-  
do á la oracion y no á las manos la redencion de  
nuestra esclavitud.

Mas ¡que mucho que así obreis, almogávares, si  
sois en la persona horribles, en el vestir, fieras, en  
el nacer de raza vária y diversa prosapia, de suerte  
que apenas hay en vosotros quien sepa de su ascen-  
dencia ó pueda decir algo de sus hijos? ¿No se alis-  
tan todo género de malhechores en vuestras ban-  
das? ¿No vivís perpetuamente en la montaña sin  
bajar nunca al llano sino para traer el robo y la  
matanza?

Bien es que os alimenteis con carne de fieras y  
yerbas del campo, y que más moréis en soledades  
y desiertos que en los pueblos; bien es que durmais

en el suelo y padezcáis tan grandes miserias, puesto que sois tan semejantes á los salvajes brutos en crueldad y en dureza á las rocas de la montaña. Y mal haya de vos, almogávares, mal haya de vos, y así os depare el cielo, como teneis negros y espantosos los rostros, espantoso y negro castigo en la otra vida.”

Y por este estilo prosigue el bueno del cronista en sus imprecaciones.

Mas si prescindiendo de estas sentencias, dictadas por lengua enemiga, llegamos á examinar los hechos de aquella gente, parece que no faltaban en ella buenas partes que oscurecian las malas con serlo tanto, y ser tantas como asegura el cronista.

Sin ir mas lejos, este Aznar Garcés, á quien de escudero hemos traído en pos del rey don Ramiro hasta las sierras que corren entre Aragon y Cataluña, si era hombre cruel, no parecia horrible por su persona, á no mentir la buena de Castana, y mostrábase á la par que valiente, y astuto, y gallardo, fidelísimo, que es prenda no de malvados, sino de las mas escasas entre los honrados hombres.

Buena prueba de ello fué el encuentro con el escuadron de Roldan, que comenzamos á relatar en el capítulo antecedente.

Aparte ociosas palabras, sin otra voz que el grito de *San Jorge y á ellos*, Aznar desnudó la espada corta que llevaba al cinto, y se adelantó hácia el escuadron de los caballos.

El camino iba cortando por allí la falda de una

montaña frontera de otra, no menos alta que ella, y si de una parte los ojos apenas acertaban á descubrir las contrapuestas cimas, de otra podia causar vahidos de cabeza lo profundo del abismo que se abria entre ellas. Todo lo ancho del camino no parecia de tres varas, formando vueltas y revueltas en esa figura que ahora llamamos de *zig, zag*; y como por aquellos tiempos no habia escuelas especiales que enseñaran á construir caminos, notábase en éste la singular circunstancia de que en los puntos donde revolvia, se estrechase mas y mas, de manera que apenas podian pasar dos caballos de frente.

En una de estas revueltas se apostó Aznar con la espada desnuda, y el rey á caballo, y desnuda tambien la suya, cogidas las riendas con la boca, y cubierto con el escudo, se colocó detras, haciendo como una segunda línea de combate.

Roldan, no bien notó tales movimientos, puesto que dudase que dos hombres solos osaran contraponerse á su escuadron, donde bien se cortarían cincuenta ginetes, envió á dos caballeros que los reconociesen y alejasen del puesto. Pero lejos de ceder don Ramiro y su escudero, lanzaron á la par el grito de *¡mueran los traidores!* y con denuestos é injurias provocaron al combate á los caballeros que venian de descubierta. Maravillóles á estos la determinacion, y más viendo la apostura burlesca del ginete y las pocas armas y defensas que el peon traia consigo; y creyendo fácil castigar aquello que imaginaban locura, pasaron adelante lanza en ristre y á la carrera.

Aznar aguardó inmóvil; y al verlos á diez pasos, calculó diestramente el espacio que dejaban los caballos, y se plantó en él antes que los caballeros, apercibiéndolo, pudiesen variar la dirección de sus lanzas; luego, al pasar por su lado, hundió la espada en el pecho del caballo que venia de la parte del abismo, y el caballo vaciló un instante, y cayó rodando por las peñas con su desventurado ginete.

El otro caballero erró el golpe de lanza en don Ramiro, porque como el camino se ensanchaba de la parte en que éste se hallaba, no pudo venir contra él rectamente, y pasó por su lado sin herirle. Entonces don Ramiro se lanzó á él como quien ignora en sí propio el efecto de las armas y por acaso ha llegado á perderles el miedo; que es decir, con furia ciega.

Recibióle el otro caballero con la espada también, y en un momento se cubrieron de sendos golpes y se abollaron bien las viseras, sin que á don Ramiro empesciera para manejarse el tener asidas las riendas con la boca, ni al otro contuviera un punto el pelear con el rey, dado que no pudo conocerlo en aquella traza, hasta que Aznar puso término á la contienda, derribando mal herido al caballo de una tremenda estocada en el vientre, y rematando al caballero de una cuchillada terrible, con que le partió en dos trozos el casco y la cabeza.

En esto acudía á todo correr al sitio del combate el buen caballero Roldán, seguido de todos los de su escuadron.

Aznar cogió de las bridas el caballo del muerto adalid y lo arrastró hasta el sitio en que se angostaba el camino; allí acabó con él de un solo golpe en la cabeza, y colocándose detras, para que su cuerpo le sirviese como muro, aguardó á los contrarios.

Caballero y escudero no se dirigieron en todo este tiempo sino una sola vez la palabra.

—Bravamente peleais, señor, dijo Aznar.

—Tu sí; que no hay alimaña del monte que te ignale, le respondió el rey, maravillado de la serenidad con que tales hazañas ejecutaba.

Al llegar los primeros caballos del escuadron al sitio del combate retrocedieron espantados; habian visto muerto su compañero; y por mas que hacian los ginetes, no era posible hacerlos pasar adelante.

Roldán fué el único que de un salto logró ponerse de la otra parte; y el salto fué con tanta rapidez, que no pudo el almogávar herirle.

Acometióle entonces don Ramiro, y Roldán, que vió sin lanza á su contrario, tiró la suya al precipicio, y desnudando la espada, le recibió con el mayor esfuerzo.

Largo rato estuvieron dándose golpes sin consecuencia: Roldán era mas diestro; don Ramiro tenia mas coraje, mas resolucion entonces de morir ó vencer.

Aznar en tanto ardia en deseos de socorrer á su señor, pero no se atrevia á desamparar el puesto, por temor de que los del escuadron quitasen de en medio el cuerpo del caballo, que era el único estor-

bo que los detenía, y pasando adelante hiciesen imposible la resistencia.

Sonaban redoblados los golpes entre Roldan y don Ramiro; impacientábanse los caballeros de su escuadron viendo que pasar adonde él estaba no les era posible, y comenzaban á pensar en echar pié á tierra para lograrlo; rugía de cólera el almogávar, y miraba á la cima del monte, como si algo esperase que no venia.

— ¿Quién eres, le dijo Roldan á don Ramiro, que de tan extraño modo coges la rienda y tan rabiosamente peleas?

— Soy uno á quien debes largos agravios, y que hoy piensa vengarlos por sí mismo, ya que pudiera vengarlos por otros medios y ha dejado escapar las ocasiones.

— Pues esfuérzate, replicó Roldan, porque no te las has con hombre que deje hacer en sí venganzas.

Las últimas palabras de Roldan no pudo oirlas el rey, porque en aquel momento se oyó un són espantable en lo alto de la montaña; eran alaridos salvajes, choque rudo del hierro contra las peñas, y confusamente entre el gran ruido se escuchaban estas voces, muchas veces repetidas:

— Desperta ferres, desperta ferres.

— *Hierro, despiértate!*

Aznar lanzó un grito de júbilo; y cogiendo su espada con entrambas manos, comenzó á golpear con toda su fuerza en las peñas del suelo, gritando tam-

— Bien al propio tiempo:

— Desperta ferres, desperta ferres.

— *Hierro, despiértate!*

Don Ramiro y Roldan suspendieron á un tiempo el combate, y alzando la vista hacia la cima donde se oían aquellas voces, la vieron coronada por hasta una docena de hombres, cuya feroz apostura ponía espanto en el ánimo.

A don Ramiro le pareció que comparado con aquella gente podía pasar Aznar por culto y gentil caballero; así venían de rotos y mal vestidos, negra la tez, sangrientos los ojos; unos con capellinas de malla, otros sin ellas; este con pieles de lobo, aquel de toro, el otro de gato montés, atadas á la cintura; y todos ellos con calzas y antiparras de cuero viejo, y rudas abarcas de monte.

Traían chuzos en las manos y espada corta como la de Aznar, y los mismos dos dardos que éste solía traer consigo.

— Son los almogávares, señor, gritó Aznar; ahórra verán esos perillanes y traidores de ricos hombres con quien han de habérselas.

Y bajaban los reciénvenidos por la pendiente escarpadísima de la montaña tan fácilmente como pudieran por el llano.

Tres ó cuatro de ellos se plantaron de un salto al lado de Aznar; y los otros, repartidos por diversos puntos de la pendiente, comenzaron á arrojar dardos y piedras contra los caballeros del escuadron.

Apenas hubo lugar á la defensa: ni uno solo de los dardos de los almogávares se perdió en hombre ó caballo, y los peñascos enormes que hacían ro-

dar desde lo alto acabaron de maltratar á los pocos que quedaron sanos de la primera acometida.

Aznar, viendo en tanta destruccion á los contrarios, corrió al punto á ayudar á su señor contra Roldan.

— ¡Detente! exclamó don Ramiro. Este hombre será mi prisionero; dáte, date, Roldan, y conservarás la vida.

— ¿Dónde oistes, prorumpió Roldan, que se diesen los que llevan mi nombre y son de mi casa?

— Permitted, señor, que le baje esa altivez, y que ponga en lo que es razon la reputacion de su casa y nombre, dijo Aznar.

— Roldan, repuso el rey, yo te mando que te des, y ya es hora que obedezcas con armas al que sin ellas escarneciste. ¿Te acuerdas de aquel juramento inusitado é injurioso que me tomaste en Huesca?

¿Te acuerdas de la vanagloria que mostraste el dia en que prendiste á tu rey, en compañía de otros traidores? Ahora venias sin duda persiguiéndome para prenderme de nuevo ó para quitarme la vida: mas hé aquí que eres mi prisionero cuando menos lo pensabas.

Y al decir estas palabras se levantó la visera.

Roldan quedó asombrado.

— El rey con armas! dijo entre dientes: ¿que diablos es esto? Cosa es ella que veo y no creo; parece encantamento.

Miró en derredor suyo, y halló tomadas por almogávares el frente y las espaldas: tendió la vista

hacia donde habia dejado á sus compañeros, y se encontró sin ellos.

A la verdad, habianse defendido muy bien, aunque desmontados, alguno que otro veterano de los mas diestros y esforzados, y éste y el otro jóven que haciendo la primera campaña, querian sacar airosas las divisas de sus damas.

Tremendos eran los botes de lanza y los mandobles que enderezaban á sus desnudos contrarios, y grande la defensa que les prestaban á ellos los bruñidos petos de reluciente acero y los anchos escudos y ferradas grebas.

Pero ¿qué servia todo ello?

Los almogávares alcanzaban en el combate el empuje poderoso del toro, y la ligereza y cautela del tigre, y la bravura del leon, y el rencor de la hiena.

Tan pronto avanzando como cejando, esquivando el golpe ajeno, y no dando el propio sino sobre seguro, rendian primero á los adalides y luego los mataban sin piedad.

Así fueron cayendo unos tras otros aquellos valientes, gloria los unos, grande esperanza los otros, de Aragon.

Y á tiempo fijó Roldan sus ojos en ellos, que vio caer á su ayo Per Villanova, anciano orgulloso y valiente, á quien debia mucha parte de sus altos intentos y condicion dura, y caer á su deudo Galceran de Foch, jóven que hacia sus primeras armas, y en quien él tenia puesto muy gran carino.

Estremecido apartó de allí la vista; mas no ha-

lló donde fijarla, porque hacía todos lados se miraba igual espectáculo.

La pendiente que desde el camino bajaba al abismo que corría entre las dos montañas fronteras mostrábase salpicada de hombres y caballos muertos ó moribundos aquí y allá, suspendidos en las matas ó recogidos por las salientes peñas.

En un momento habia acontecido todo aquel estrago; y la confusion y desbarate de los caballeros al sentir el inesperado ataque de los almogávares y sus piedras y dardos debió ser grande, porque no habia dos cadáveres juntos, y pocos hierros de lanza aparecian ensangrentados.

Aumentaba el espanto del suceso el ver rodar de cuando en cuando los cadáveres, un instante detenidos en la mitad de la pendiente, hasta lo profundo del abismo.

Roldan no se acobardó; antes bramaba de rabia como una fiera acorralada en el ojeo, que ve llegar ya los perros de la trailla y siente el trote de los caballos de los cazadores.

Veíase sin medios de escapar por uno y por otro lado del camino, y ni esperaba que el rey le perdonase la vida, ni queria debérsela tampoco, segun era de soberbia su condicion.

—Muramos, Roldan, dijo para sí; muramos con honra y sin caer en manos de estos perros.

Y luego, dirigiendose al rey con arrogante voz, le habló de esta manera:

—Rey don Ramiro, no creas que has de vengarte en mi persona de la enemiga que me tienes; ni

pienses que he de pedirte perdon de mis hechos porque te vea poderoso y yo me sienta flaco y solo entre tu gente. Valor hay en mí para morir cien veces antes que soportar afrenta alguna que empañe la gloria de mi casa. . . . . El último soy de los Roldanes; y si muero, quiero hacer de suerte que no parezca menor en las historias el último que el primero.

—Prendedle, gritó Aznar á los almogávares que estaban puestos á espaldas del caballero, y al propio tiempo dió él algunos pasos adelante.

—No le hagais daño, exclamó el rey, notando que algunos de los almogávares ponian mano á sus dardos.

Peró Roldan cortó la disputa como nadie imaginara, que fue apretando los ijares de su caballo, y dirigiéndolo de tal suerte, que lo obligó á saltar al abismo.

Todos los presentes creyeron por un momento que se habia despenado; pero al cabo le vieron con su generoso trote trepar por los fronteros riscos, aunque dificultosamente, y luego correr á toda brida por la cima de la opuesta montaña, y trasponer en breve por entre los matorrales que la vestian.

El rey, Aznar y los almogávares lanzaron todos á un tiempo una exclamacion de asombro.

De la cima de una montaña á la cima de la otra bien habia muy buen trecho y por en medio corría un arroyo profundo, que era el abismo adonde habian ido á parar los hombres de armas de Roldan;

de suerte que nunca ginete del mundo dió tan largo salto, ni antes ni después, como éste.

Por eso desde entonces es conocido aquel sitio con el nombre de *salto de Roldán*; y al través de tantos siglos se ha perpetuado hasta nosotros el hecho memorable.

Hoy que el tiempo ha desmoronado una y otra montaña hasta poner entre ellas mas de doscientos pasos de distancia, haciendo tambien desaparecer la antigua senda que fué teatro del combate, el suceso se da por increíble.

Vuelto de aquel primer asombro el rey, dijo á Aznar:

—¿Cómo podré yo pagar, mi buen Aznar, los favores que debo á esos tus compañeros?

—Pagadlos con saber y reconocer que son leales. Y ahora prosigamos el camino adonde bien os plazca.

—A las tierras del buen conde de Barcelona, dijo el rey; por el conde y por sus soldados para rescatar mi trono.

—Bastárais con los propios si bien quisierais; mas allá iremos, repuso Aznar.

Y cogiendo de las riendas el caballo de don Ramiro, porque no tropezase en aquel rascoso camino, echó andar adelante seguido de los otros almogávares.

Estos caminaban silenciosos, tranquilos como si nada hubiera sucedido, cargados todos ellos de joyas y preseas, porque en un momento y sin que ni el rey ni Aznar pudieran notarlo, despojaron de

ellas los cadáveres de los caballeros. Hubiérase dicho que eran guerreros godos que volvian de saquear á Roma con Alarico; ó algunos hunnos escapados de los campos catalaunicos. Y no eran sino españoles; gente que guardaba Aragon para conquistar á Sicilia y Atenas y para azotar á griegos y franceses; gente que perdido el nombre y la traza, habia de conquistar un mundo para su patria, héroes en Ravena, ó venciendo como semidioses en Mulberg y en Otumba.

¿Por qué fatalidad se habian empleado esta vez sus armas contra la sangre generosa cayendo como de los ricos hombres aragoneses?

—¿Cómo podré yo pagar, mi buen Aznar, los favores que debo á esos tus compañeros?

—Pagadlos con saber y reconocer que son leales. Y ahora prosigamos el camino adonde bien os plazca.

—A las tierras del buen conde de Barcelona, dijo el rey; por el conde y por sus soldados para rescatar mi trono.

—Bastárais con los propios si bien quisierais; mas allá iremos, repuso Aznar.

Y cogiendo de las riendas el caballo de don Ramiro, porque no tropezase en aquel rascoso camino, echó andar adelante seguido de los otros almogávares.

Estos caminaban silenciosos, tranquilos como si nada hubiera sucedido, cargados todos ellos de joyas y preseas, porque en un momento y sin que ni el rey ni Aznar pudieran notarlo, despojaron de